

Introducción a la *Mulieris Dignitatem*, de Juan Pablo II

Javier García

El tema de la mujer en la historia

A cualquiera resulta fácil reunir un manojo de proverbios o máximas que denoten una mentalidad discriminatoria e injusta con la mujer: "El vino y las mujeres pervierten a los hombres inteligentes" (Eclesiástico, 19,2). Entre los autores clásicos, la actitud es análoga: "Las mujeres van al teatro para ver, pero sobre todo para ser vistas" (Ovidio, AA II,99), "Ninguna mujer permanece constante por mucho tiempo" (Propertio, El.II,25,22). Y Juvenal, quizá aludiendo a una experiencia personal: "Nada hay más intolerable que una mujer rica" (6,460). Menos mal que el ideal de la sociedad romana sobre la mujer era el que se lee en un epitafio: "Fue casta, casera y hacendosa".

Alguna reminiscencia de desconfianza ante la mujer se puede encontrar en algunos padres. Se atribuye a San Gregorio Nacianceno, uno de los más grandes humanistas de su tiempo, esta sentencia estremecedora: "La mujer, por dentro Hécuba (es decir, vengativa), por fuera Elena" (seductora). En el medioevo no cambian mucho las cosas: "la mujer, mientras llora, trata de engañar". O el programa de vida que se asigna a la mujer: "Fallere, flere, nere/ stautit Deus in muliere" (engañar, llorar y tejer dispuso Dios en la mujer). Y aquella sentencia lúgubre: "La mujer es un mal, pero un mal necesario".

Si del medioevo pasamos al refranero castellano, mezcla de picardía y realismo sanchopancesco, de corto vuelo, el panorama es desolador o, a lo más, pintoresco: "a la mujer loca, más le agrada el pandero que la toca"; "dile que es hermosa y tornaráse loca". Y como visión social de la era preindustrial: "el hombre en la plaza y la mujer en la casa". El resumen de la austera y rígida concepción cas-

tellana sobre la mujer era nada menos que el siguiente: "en la vida, la mujer tres salidas ha de tener: al bautismo, al casamiento / y a la sepultura o monumento".

La mujer en la hora actual

En la actual sociedad, calificada con razón como "sociedad del consumo" y "sociedad de la imagen", la mujer frecuentemente queda reducida a puro *objeto* de consumo.

Las reacciones contra esta imagen de la mujer, y contra la discriminación que en la sociedad sufre, por desgracia no siempre han sido las más adecuadas. El feminismo radical exige un reconocimiento de la igualdad de derechos de la mujer con el varón, que equivale a una "masculinización"; y una libertad absoluta, que rebaja a la mujer a grados históricamente ínfimos ("el útero es mío y lo administro yo", se oía en la Via del Corso, de Roma, en una manifestación feminista). Tal tipo de liberación se traduce en libertad omnímoda en el ámbito ético y sexual: relaciones sexuales, divorcio, aborto, etc.

Sobre el tema y la realidad de la dignidad y promoción de la mujer, la Iglesia, "experta en humanidad", tiene una palabra autorizada que decir. La aspiración a la libertad, dice el Vaticano II, y lo repiten los obispos latinoamericanos en Medellín, es uno de los *signos de los tiempos*. "Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica" (*Gaudium et Spes*, n.4). En los grandes documentos de Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Sínodos de los obispos se propone la efectiva promoción de la dignidad y de la responsabilidad de la mujer y se profundiza en los fundamentos antropológicos y teológicos sobre el significado de ser mujer y de ser varón.

Juan Pablo II y el Tema de la mujer

En este gran debate de la humanidad en torno al "planeta mujer" no podía faltar a la cita Juan Pablo II, por tres motivos fundamentales:

1) Como *filósofo*, Karol Wojtyła, durante treinta años, de 1948 a 1978, ha desarrollado un pensamiento filosófico exquisitamente personalista, en el que, a la luz de la gran tradición del pensamiento cristiano tomista, y del método fenomenológico moderno, de Max Scheler, se ha interesado por el ser humano, varón y mujer, considerados como *personas en acción*: en el dinamismo de sus actos revelan su categoría de seres que se conocen, se autoperseñen y, al de-

cidir actuar, manifiestan su trascendencia hacia el Ser por antonomasia, Dios, y hacia los demás, para formar con ellos la *communio personarum*, la sociedad como comunidad de personas. Muy conatural y muy querido le resulta al Papa el tema de la mujer, cuya dignidad arranca justamente de ser, saberse y hacerse persona humana, diferente del varón, pero trascendentalmente abierta al mismo. Le bastará aplicar las categorías de su pensamiento personalista para echar las bases de una recia antropología de la mujer.

2) Como *creyente*, Karol Wojtyła, polaco de nacimiento, católico por educación familiar y arraigado en la intensa devoción mariana de un pueblo, cuyo punto de agregación nacional es el gran Santuario de Chestochowa, es especialmente sensible al tema y a la realidad de la mujer, filtrado al trasluz de María: en Ella ve el arquetipo de la mujer. Su misma sensibilidad de poeta y humanista le preparó a ello.

3) Como *Pastor* de la Iglesia universal, decretó el Año Santo Mariano y dedicó una encíclica a "la Madre del Redentor". María es el prototipo de la Iglesia, peregrina en la fe, por su santidad, por su virginidad, por su maternidad y por su Asunción corporal a los cielos. Y es también el prototipo de toda mujer en el camino hacia su realización plena en Cristo. Bellísimas palabras las que escribe en la *Redemptoris Mater*:

"Deseo poner de relieve que la figura de María proyecta luz sobre la mujer como tal por el hecho mismo que Dios, en el sublime evento de la encarnación del Hijo, se confió al misterio, libre y activo, de una mujer. Se puede por ello afirmar que la mujer, mirando a María, encuentra en Ella el secreto para vivir dignamente su femineidad y para actuar su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza que es espejo de los más altos sentimientos de que sea capaz el corazón humano: la totalidad oblativa del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores; la fidelidad ilimitada y la operosidad incansable, la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de sostén y estímulo" (n.46). ¡Pocas páginas más bellas se han escrito sobre la mujer en la literatura universal!

La Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*

Todo ello predispone al actual Pontífice para decirnos una palabra honda y auténtica que ilumine el tema de la dignidad y la

vocación de la mujer. Y Juan Pablo II nos ofrece, no un tratado sistemático de antropología, psicología o teología, sino una *meditación*, molde adecuado para verter sus vivencias, reflexiones y sentimientos de profundo creyente, de filósofo y de poeta que es Karol Wojtyła. Y lo hace en lenguaje cargado de símbolos, como la misma S. Escritura y como los grandes textos de la literatura universal, cuando quieren expresarse sobre algo que es inefable y misterioso, como en este caso el misterio de la mujer.

De aquí que las coordenadas de la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* sean la *Palabra de Dios* y las *preocupaciones del hombre actual*. La *Palabra de Dios* nos revela el sentido último de la vida humana y de la historia y nos descubre la dignidad y función del hombre, varón y mujer. Por eso parte el Papa del relato primordial del Génesis: "Creó, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó" (1,27). Pero se trata de una Palabra de Dios leída y escuchada *en Cristo*, clave y culmen de la revelación; la verdad sobre el ser humano constituye en nuestros días el misterio que solo en el "Verbo encarnado encuentra verdadera luz... Cristo desvela plenamente el hombre al hombre y le hace consciente de su altísima vocación", como enseña el Concilio (GS,22) (*Mulieris Dignitatem*, 2). Entre las *preocupaciones* del hombre y de la mujer de hoy está justamente "la cuestión femenina": la liberación de la mujer, el reconocimiento de su dignidad, derechos y deberes en todos los ámbitos de la convivencia humana y de la sociedad. Mirada a las fuentes perennes de la revelación, y acogida, ayuda cálida al hombre y mujer de hoy, he ahí las dos manos con que la Iglesia realiza su acción pastoral como servidora del hombre.

La *Mulieris Dignitatem*, carta magna de la mujer

No faltaron voces de frustración ante la Carta papal, provenientes del fenimismo radical o de cierto pensamiento laicista ("Juan Pablo II renueva el no al sacerdocio de la mujeres", "Dios sigue siendo varón", "Juan Pablo II habla ahistóricamente, retomando el tema del "eterno femenino", etc.). La mayor parte de los comentaristas y de los movimientos para la promoción de la mujer han acogido con alegría y admiración la *Mulieris Dignitatem*: "no sólo para la Iglesia Católica, sino también para todo el mundo esta Carta Apostólica marca un gran paso adelante en el conocimiento profundo de la mujer", "¡Esta carta habla de verdad a todo el universo femenino!", "¡Esta carta representa el manifiesto de la verdadera liberación de la mujer!". La responsable de las mujeres comunistas en Italia, Livia Turco, comenta: "He quedado impresionada por la *Mulieris Dignitatem*. Hay un grande pathos en esta Carta, un amor

mujer, una carga profética que no se encuentra en otros documentos de la Iglesia. He encontrado su lectura gratificante y emocionante" (*L'Avvenire*, 1-X-1988, p. 4).

La impresión general es, pues, de que estamos ante un documento de excepcional densidad y fecundidad, que pone las bases de una sólida antropología de la mujer y que va a marcar un giro histórico en el tratamiento de la realidad y del tema de la mujer, de su dignidad, su participación en la vida pública, el sentido de la femineidad, la relación hombre-mujer en el designio de Dios y la participación de la mujer en la misión de la Iglesia. Planteamiento nuevo que acabe definitivamente con cualquier tipo de explotación y discriminación de la mujer y que forme una nueva mentalidad en el mundo cristiano y en la sociedad civil.

Niveles de lectura

Una carta Apostólica como la presente, que recoge instancias diversas sobre la mujer, de la filosófica a la teológica, de la bíblica a la psicológica, de la sociológica a la eclesial, no puede menos de ser compleja. Y proviniendo de un Papa que personalmente es a la vez poeta y filósofo, profundo creyente y persona de exquisita sensibilidad humana, teólogo de garra y pastor de la Iglesia universal, no puede menos de ser un documento denso y poliédrico que ofrece muchas caras y angulaciones. Caben, por lo mismo, diversos niveles de lectura, vgr., la visión teológicamente profunda, de corte paulino, del paralelismo antitético Eva-María, o la afirmación recurrente, como leit-motiv sinfónico, de la presencia determinante de "la mujer" a todo lo largo de la historia de la salvación: concretamente, "al inicio" (Gen. 1,27-28; 2,18-25; 3,15); "en la plenitud de los tiempos" (Gal. 4,4; Lc. 1,31-377: y en la consumación final: Apoc. 12, Iss).

Muy sugestivo es también el tema de María como *icono* de Dios y, a la vez, *icono* de la Iglesia por su santidad, por su virginidad y por su maternidad; *icono* y *arquetipo* de la mujer. O la dimensión mariana y la dimensión apostólico-petrina de la Iglesia, en su complementariedad; el fecundo simbolismo de Cristo-Esposo frente a la Iglesia-Esposa, que ilumina con profundidad insospechada el tema del sacerdocio y la mujer. Reflexiones antropológicas que se prometen fecundas las que dedica a la reciprocidad hombre-mujer, llamados a ser uno en la común humanidad, pero siempre diferentes en la respectiva singularidad masculina y femenina.

He aquí unas cuantas sugerencias para adentrarse en la lectura personal de este denso y bellissimo documento de Juan Pablo II.